

por los proscritos. En este momento le mantienen en la prisión, mediante seis peniques (13 sueldos) diarios.

Revolviendo papeles, he hallado una carta de Hubert. En esa carta, hay una frase triste: «El hambre es mala consejera».

Hubert ha padecido hambre.

— o o —

DISCURSO DE RECEPCION

EN LA

ACADEMIA FRANCESA

Señores:

Al comenzar el presente siglo, Francia ofrecía a todas las naciones un magnífico espectáculo. Un hombre la llenaba y la hacía tan grande, que ella, a su vez, llenaba la Europa. Este hombre, salido de la oscuridad, hijo de un pobre gentilhomme corso, producto de dos repúblicas, por su familia de la República de Florencia y por sí mismo de la república francesa, había llegado en pocos años a la más alta realeza que quizás haya asombrado a la Historia. Era príncipe, por su genio, por su sino y por sus acciones. Todo en él denunciaba el legítimo poseedor de un poder providencial. Tenía a su favor las tres condiciones supremas: el acontecimiento, la aclamación y la consagración. Lo amamantó una revolución, lo escogió un pueblo y lo coronó un papa. Reyes y generales, marcados por la fatalidad, habían reconocido en él, con el instinto de sombrero y misterioso porvenir, al elegido del destino. El era el hombre a quien Alejandro de Rusia, que debía perecer en

(1) *Victor Hugo fué nombrado miembro de la Academia francesa por 18 votos contra 16, el día 7 de Enero de 1841.*—Nota del traductor.

Taganrog, había dicho: *Sois el predestinado del cielo*; a quien Kleber, que debía morir en Egipto, había dicho: *Sois grande como el mundo*; a quien Desaix, que cayó en Marengo, había dicho: *Yo soy el soldado, vos sois el general*; a quien Valhubert, expirando en Austerlitz, había dicho: *Yo voy a morir y vos vais a reinar*. Su nombre militar era inmenso, sus conquistas colosales.

Cada año ensanchaba las fronteras de su imperio hacia los límites majestuosos y necesarios que Dios a dado a la Francia. El había borrado los Alpes como Carlomagno, y los Pirineos como Luis XIV; él pasó el Rhin como César y fracasó al querer franquear el Canal de la Mancha como Guillermo el Conquistador. Bajo el dominio de este hombre, Francia constaba de ciento treinta departamentos; de un lado tocaba las bocas del Elba, del otro se extendía hasta el Tíber. Era el soberano de cuarenta y cuatro millones de europeos. En la atrevida formación de sus fronteras había empleado como materiales dos grandes ducados soberanos, Saboya y Toscana, y cinco antiguas repúblicas, Génova, los Estados Romanos, los Estados Venecianos, el Valais y las Provincias Unidas. Había construido en el centro de Europa un estado como una fortaleza, dándole por bastiones y obras avanzadas diez monarquías que había hecho entrar, a la vez, en el imperio y en su familia. De los niños, primos y hermanos, que jugaron con él en el patio de su hogar paterno en Ajaccio, había hecho testas coronadas. Casó a su hijo adoptivo con una princesa de Baviera y a su hermano más joven con una princesa de Wurtemberg. En cuanto a él, después de haber arrebatado a Austria el imperio de Alemania que se había adjudicado bajo el nombre de Confederación del Rhin, después de haberle tomado el Tirol para unirlo a Baviera y la Iliria para agregarla a Francia, se dignó casarse con una archiduquesa. Todo en ese hombre era desmesurado y espléndido. Flotaba sobre Eu-

ropa como una extraordinaria visión. Cierta día se le vió en el centro de un grupo de 14 soberanos consagrados y coronados, sentado entre el César y el czar, pero ocupando un sillón más elevado que el de éstos. Otro día ofreció a Talma el espectáculo de un patio de butacas lleno de reyes. Estando solo en el alborear de su preponderancia, tuvo el capricho de tocar el nombre de Borbón y de engrandecerlo a su manera allá en un rincón de Italia. De Luis, duque de Parma, hizo un rey de Etruria. En la misma época aprovechó una tregua, impuesta por su influencia y por sus armas, para obligar a los reyes de la Gran Bretaña a prescindir del título de reyes de Francia, que usurparon cuatrocientos años antes y que no se han atrevido a usar ya más; ¡también supo arrancárselo!

La revolución había borrado las flores de lis del escudo de Francia; él también las borró, pero del escudo de Inglaterra, encontrando así la manera de honrarlas en el mismo procedimiento que fueron afrentadas. Por decreto imperial dividió Prusia en cuatro departamentos, bloqueó las islas británicas, declaró Amsterdam la tercera capital del imperio—Roma la segunda— y declaró al mundo entero que la casa de Braganza había dejado de existir.

Cuando pasó el Rhin, los electores de Alemania, esos hombres que habían hecho emperadores, se adelantaron a recibirle hasta sus fronteras con la esperanza de que quizás les hiciese reyes. El antiguo reino de Gustavo Wasca, falto de heredero a la corona y buscando un amo, le pidió que le cediese uno de sus mariscales para acatarlo como príncipe suyo. El sucesor de Carlos V, el último nieto de Luis XIV, el rey de España y de las Indias solicitaba la mano de una de sus hermanas. Era comprendido, gruñido y adorado por sus soldados, viejos granaderos familiarizados con su emperador y con la muerte. La víspera de las batallas él sostenía con ellos uno de esos grandes diálogos

que comentan soberbiamente las bellas acciones, y que transforman la historia en epopeya. En su poderío, como en su majestad, había algo de simple, de brusco y de formidable. El no tenía como los emperadores de Oriente al Dogo de Venecia por gran copero, o, como los emperadores de Alemania, al duque de Baviera por gran caballero; pero más de una vez arrestó al rey que mandaba su caballería. Entre guerra y guerra, él trazaba canales, abría caminos, subvencionaba teatros, enriquecía a las academias, protegía los descubrimientos, erigía monumentos grandiosos o bien redactaba códigos en un salón de las Tullerías, y discutía con sus consejeros de estado hasta que lograba sustituir, en cualquier texto, legal a las rutinas del procedimiento, la razón sencilla y suprema del genio. En fin, un último rasgo, que completa a mi juicio la singular configuración de esta gran gloria, es que él había penetrado tan adentro en la historia de sus acciones que podía decir y decía: *Mi predecesor el emperador Carlomagno; y por sus alianzas se había mezclado de tal manera a la monarquía que podía decir y decía: Mi tío el rey Luis XVI.*

Este hombre era prodigioso; su fortuna, señores, se había remontado sobre todo. Como acabo de recordároslo los más ilustres príncipes solicitaban su amistad, las más antiguas razas buscaban su alianza, los más viejos gentilhombres pretendían su servicio. No existía una cabeza, por alta y soberbia que fuese, que no saludase aquella frente sobre la que la mano de Dios, casi visible, había colocado dos coronas; una de oro, la que se llama realeza, otra de luz, la que se denomina el genio. Todo se inclinaba en el continente europeo ante Napoleón, todo, excepto seis poetas, señores—permitidme decirlo en este recinto y que me muestre orgulloso de ello—excepto seis pensadores que permanecieron de pie cuando el universo permanecía arrodillado; y estos nombres gloriosos voy a pronunciarlos en-

tre vosotros; helos aquí: Ducis, Delille, Madame de Staël, Benjamín Constant, Chateaubriand, Lemercier.

¿Qué significaba esta resistencia? En medio de esta Francia que poseía la victoria, la fuerza, el poder, el imperio, la dominación y el esplendor; en medio de esta Europa maravillada y vencida que, casi convertida en francesa, participaba del resplandor de Francia, ¿qué representaban esos seis espíritus rebeldes contra el genio, esos seis notables rebeldes contra la gloria, esos seis poetas irritados contra el héroe? Representaban, señores, en Europa la única cosa que a Europa le faltaba, la independencia; representaban en Francia la única cosa que le faltaba, la libertad.

¡Bien sabe Dios que no pretendo lanzar el desprecio y la censura contra los espíritus menos rígidos que rodeaban y aclamaban entonces al amo del mundo! Este hombre, después de haber sido la estrella de una nación, era su verdadero sol. Uno podía deslumbrarse sin pecar por ello. Además, ¿quién soy yo para abrogarme el derecho de suprema crítica? ¿Con qué títulos cuento para ello? Yo mismo, ¿no necesito de benevolencia y de indulgencia en esta hora en que entro en vuestras filas emocionado por todas las emociones juntas, orgulloso de los sufragios que me han traído, dichoso por la simpatía con que se me acoge, turbado por la vista de este auditorio tan imponente y entristecido por la gran pérdida que ha sufrido y de la cual no podré consolarle, confuso en fin, de ser tan poca cosa en este lugar venerable que llenan a la vez con su brillo sereno y fraternal augustos muertos e ilustres vivos? Además, y expongo mi pensamiento por entero, en ningún caso reconoceré en las generaciones venideras el derecho a la censura rigurosa hacia nuestros viejos y nuestros mayores. Quien no ha combatido, ¿tiene el derecho de juzgar? Debemos recordar que entonces éramos niños, que para nosotros deslizábase

la vida placentera y monótonamente, mientras los demás la hallaban dura y laboriosa. Llegamos nosotros después que nuestros padres, que están fatigados ya; seamos respetuosos con ellos. Nos aprovechamos juntamente de las grandes ideas que han luchado y de las grandes cosas que han prevalecido. Seamos justos con todos, con los que han aceptado al emperador por amo y con los que lo aceptaron por adversario. Comprendamos el entusiasmo y honremos la resistencia. Una y otro son legítimos.

Sin embargo, repitámoslo, señores, la resistencia era no sólo legítima, sino gloriosa.

Molestaba al emperador. El hombre que, como más tarde dijo en Santa Elena, habría hecho senador a Pascal y ministro a Corneille, este hombre, señores, poseía bastante grandeza propia para comprender la grandeza de los otros. Un espíritu vulgar, apoyado en su poder absoluto, habría quizás desdeñado aquella rebelión del talento: Napoleón no, Napoleón se preocupó de ella. Sabíase demasiado histórico para no tener cuidado de la historia; sentíase demasiado poético para no preocuparse de los poetas. Es preciso reconocer altamente que existía un verdadero príncipe en el subteniente de artillería que ganó a la joven república francesa la batalla del 18 Brumario y a las viejas monarquías europeas la batalla de Austerlitz. Era un victorioso y, como todos los victoriosos, amaba las letras. Napoleón poseía todos los gustos y todos los instintos del trono tanto como Luis XIV, aunque de otro modo que éste. El gran rey se ocultaba tras el gran emperador. Ligar la literatura a su cetro era una de sus primeras ambiciones. No le bastaba haber conquistado diez reinos, quería conquistar a Chateaubriand.

Y no es, señores, que al juzgar al primer cónsul o al Emperador, cada uno según sus simpatías particulares, aquellos hombres dejasen de constatar lo que había de generoso, raro e ilustre en Napo-

león. Pero, según ellos, la política ensombrecía al victorioso, el héroe se revestía de tirano, Scipión se complicaba con Cromwell; la mitad de su vida era una amarga réplica a su otra mitad. Bonaparte había enlutado las banderas de su ejército a la muerte de Washington, pero él no imitó a Washington. Nombró a La Tour d'Auvergne primer granadero de la república, pero abolió la república. Dió por sepulcro a Turenna la cúpula de los inválidos pero dió el foso de Vincennes por tumba al nieto del gran Condé.

A pesar de la fiera y casta actitud de aquellos hombres, el emperador no vaciló en ofrecer para atraérselos. Las embajadas, las donaciones, los altos grados de la legión de honor, el senado, todo les fué ofrecido, digámoslo en honra del emperador, y todo fué rechazado, digámoslo en honra a aquellos nobles refractarios.

Después de las caricias, lo confieso con pesar, vinieron las persecuciones. Ninguno cedió. Gracias a esos seis talentos, gracias a esos seis caracteres se mantuvo la dignidad soberana del pensamiento, bajo un régimen que suprimió tantas libertades y que humilló tantas coronas.

Y hubo más, hubo un servicio prestado a la humanidad en general; hubo no solo la resistencia contra el despotismo, sino la resistencia contra la guerra. Y no hay que confundir el sentido y el alcance de mis palabras; yo soy de los que creen que la guerra es buena a veces. Desde el punto de vista en que se abarca toda la historia como un solo grupo y toda la filosofía como una sola idea, las batallas son llagas abiertas en el género humano como los surcos son llagas abiertas en la tierra. Desde hace cinco mil años, todas las cosechas se bosquejan por el arado y todas las civilizaciones por la guerra. Pero desde que la guerra tiende a preponderar, desde el momento en que se convierte en estado normal de una nación, desde que se perpetua en un estado crónico, por decirlo así,

entonces, señores, por magnos que sean los resultados ulteriores, llega un instante en que la humanidad supera la parte delicada de las costumbres de desgaste y reblandece al roce con las ideas brutales; el sable viene a ser la herramienta social; la fuerza se forja un derecho para ella; el esplendor divino de la buena fe que debe iluminar siempre el rostro de las naciones, se eclipsa a cada instante en la sombra donde se elaboran los tratados y las peticiones de reinos; el comercio, la industria, el desarrollo radiante de las inteligencias, toda la actividad pacífica desaparece; la sociabilidad humana queda en peligro. En estos momentos se siente como se eleva una reclamación, una protesta imponente; y es moral que la inteligencia exponga valientemente a la fuerza lo que esta hace; y es bueno que ante la misma victoria con todo su poderío, los pensadores formulen sus quejas ante los héroes y que los poetas, los civilizadores serenos, pacientes y pacíficos, protesten contra los conquistadores, esos civilizadores violentos.

Entre estos ilustres protestantes figuraba un hombre al que Bonaparte había amado, y al cual pudo decir, como otro dictador a otro republicano: *¡Tu quoque!* Este hombre, señores, era Lemercier; naturaleza proba, reservada y sobria; inteligencia recta y lógica; imaginación exacta y, por decirlo así, algébrica hasta en sus fantasías; nacido gentil hombre, pero incrédulo respecto de la aristocracia del talento; nacido rico, pero poseedor de la ciencia de ser noble pobremente; modesto, pero con altiva modestia; dulce, pero con cierta dulzura impregnada de obstinación, de silencio y de inflexibilidad; austero en las cosas públicas, no se dejaba arrastrar ni ofuscar fácilmente por aquello que desvanecía a los demás, y, detalle digno de notar en un hombre que había dedicado toda una parte de su pensamiento a las teorías, Lemercier, jamás levantó su opinión política sobre otro fundamento que el de los hechos. Y aún veía los hechos a su

manera. Era un espíritu que concedía más atención a las causas que a los efectos y que criticaría voluntariamente la planta en su raíz y el río en sus fuentes. Sombrío y dispuesto siempre a soliviantarse, lleno de un odio secreto y frecuentemente bravo contra todo lo que tendía a dominar, parecía poner más amor propio en mantenerse muchos años atrás de los acontecimientos que el que otros ponen en adelantarse a los sucesos. En 1789 era realista o, como entonces se decía, monárquico; el 93 se transformó, como él mismo decía, en liberal del 89; en 1804, cuando Bonaparte se halló en sazón para fundar el imperio, Lemercier se sintió en sazón para ser republicano.

Como veis, señores, su opinión política, desdeñosa de lo que le parecía capricho del día, vestía siempre la moda del año pasado ya.

Permitidme que dé aquí algunos detalles acerca del medio ambiente en el cual transcurrió la juventud de Lemercier. Solo explorando los comienzos de una vida, se puede estudiar la formación de un carácter, y, cuando se trata de conocer a fondo a los hombres que expanden la luz, es preciso informarse tanto acerca de su carácter como de su genio. El genio es la llamarada exterior; el carácter es la lámpara interna.

En 1793, en lo más rudo del terror, Lemercier, muy joven entonces, asistía con notable asiduidad a las sesiones de la convención nacional. Era aquel, señores, un objeto de contemplación sombría, lúgubre, terrorífica, pero sublime. Seamos justos, hoy podemos serlo sin peligro alguno; seamos justos hacia esas cosas augustas y terribles que han pasado sobre la civilización humana y que no volverán. A mi juicio, es voluntad de la providencia que Francia tenga siempre a su cabeza alguna cosa grande. Bajo los antiguos reyes era un príncipe; bajo el imperio fué un hombre; durante la revolución fué una asamblea. Asamblea que ha destruido el trono y ha salvado el país, asamblea que

tuvo un duelo con la realza, como Cromwell, y un duelo con el universo, como Annibal, que tuvo genio como todo un pueblo y genio como un soló hombre, en una palabra, que ha cometido atentados y que ha hecho prodigios, a la que podemos detestar y maldecir, pero a la que debemos admirar!

Reconozcamos, sin embargo, que durante ese tiempo se operó en Francia una disminución de luz moral y por consiguiente, señores, una disminución de luz intelectual. Esta especie de semi día o de semi oscuridad parecida al anochecer y que se extiende sobre determinadas épocas, es necesaria para que la Providencia, en interés ulterior del género humano, pueda abrir en las viejas sociedades esas atemorizantes vías de hecho, que ejecutadas por los hombres serían crímenes y que, viniendo de Dios, se llaman revoluciones.

Esta sombra es la sombra misma de la mano del Señor, cuando esta se extiende sobre un pueblo.

Como poco antes indicaba, el 93 no es la época de las grandes individualidades cuyo genio se destaca. Parece que en aquel momento la Providencia encuentra al hombre demasiado pequeño para lo que pretende realizar y que lo relega a un segundo plano para mostrarse ella en escena.

En efecto; en 1793, de los tres gigantes que habían hecho la revolución francesa—el primero un hecho social, el segundo un hecho geográfico, el tercero un hecho europeo—el uno, Mirabeau, había muerto; el otro, Sieyes, se había eclipsado y *acertaba a vivir*, según ese traidor grande hombre dijo más tarde; el tercero, Bonaparte, aun no había nacido a la vida histórica. Sieyes apartado en la oscuridad y exceptuando Dantón, no había hombres de primer orden, no había inteligencias capitales en la Convención, pero existían, sí, grandes pasiones, grandes luchas, grandes rasgos de lucidez, grandes fantasmas. Esto bastaba ciertamente para deslumbrar al pueblo, temible espectador

inclinado sobre la fatal asamblea. Añadamos que en esta época, en la que cada día era una jornada, las cosas marchaban tan de prisa, Europa y Francia, París y la frontera, el campo de batalla y la plaza pública ofrecían tantas aventuras, todo se desarrollaba tan rápidamente, que en la tribuna de la Convención el acontecimiento crecía a medida que el orador hablaba y arrastrándole al vértigo le comunicaba también su grandeza. Y, además, como París, como Francia, la Convención se movía en cierta claridad crepuscular propia del fin del siglo, que adhería a los pequeños hombres inmensas sombras, que prestaba contornos indefinidos y gigantescos a las más mezquinas figuras y que hasta en la historia misma extiende sobre aquella formidable asamblea yo no sé qué de siniestro y sobrenatural.

Estas monstruosas reuniones de hombres han fascinado frecuentemente a los poetas como la hidra fascina al pájaro. El Parlamento-Largo absorbía a Milton, la Convención atraía a Lemercier. Ambos han iluminado más tarde el interior de una sombría epopeya con no sé qué vaga reverberación de esos pandemonios. Uno siente a Cromwell en «El Paraíso Perdido» y el 93 en la «Panhipocrisiade». Para el joven Lemercier la Convención era una visión que su mirada abarcaba por completo. Todos los días iba a ver—según dijo admirablemente—como *ponían las leyes fuera de la ley*. Cada mañana llegaba a la hora de abrir la sesión, tomaba asiento en la tribuna pública entre extrañas mujeres que mezclaban no sé cuál tarea doméstica a los más terribles espectáculos y a las cuales la historia conserva su feo mote de *tricotieuses*. Estas mujeres le conocían, le esperaban y le guardaban el sitio, y para ellas había en la juventud del muchacho, en el desorden de sus vestidos, en su atención exaltada, en su ansiedad durante las discusiones, en la profunda fijeza de su mirada, en las palabras entrecortadas que se le

escapaban a veces, algo tan singular para ellas, que le creían privado de razón. Cierta día que llegaba más tarde que de ordinario, Lemercier oyó que una de aquellas mujeres decía a otra, que iba a ocupar el sitio que solían reservarle a él: *No te sientes ahí, que ese es el puesto de un idiota.*

Cuatro años más tarde, en 1797, Lemercier daba a Francia su «Agamenón».

¿Acaso aquella asamblea podía inspirar al poeta su tragedia? ¿Qué hay de común entre Egisto y Dantón, entre Argos y París, entre la barbarie homérica y la desmoralización volteriana? ¡Extraña idea la de dar por espejo a los atentados de una civilización decrepita y corrompida los crímenes sencillos, hasta entonces inocentes, de una época primitiva!; ¡extraña idea la de hacer desfilar errabundos, por decirlo así, a algunos pasos de los cadalsos de la revolución francesa, los espectros grandiosos de la tragedia griega y de confrontar el regicidio moderno, tal como lo realizan las pasiones populares, con el antiguo regicidio tal como lo practicaban las pasiones domésticas! Declaro, señores, que, pensando en esta época singular del talento de Lemercier, entre las discusiones de la Convención y las querellas de los Atridas, entre lo que él veía y lo que soñaba, he buscado una armonía. ¿Por qué misteriosa transformación del pensamiento en el cerebro, nació así el «Agamenón»? Es esto uno de esos caprichos sombríos de que sólo los poetas poseen el secreto. Sea lo que quiera, «Agamenón» es una de las más bellas tragedias de nuestro teatro, por el horror y la piedad juntamente, por la simplicidad del elemento trágico, por la gravedad austerá del estilo. Este severo poema tiene verdaderamente un griego perfil. Al contemplarlo, se percata uno de que aquella era la época en que David prestaba sus colores a los bajo-relieves de Atenas y Talma les daba la palabra y el movimiento. Se adivina que el poeta sufrió escribiendo su tragedia. En efecto, llena

toda la obra una melancolía profunda confundida con no sé yo qué terror casi revolucionario. Examinadla, pues lo merece, señores, y veréis el conjunto y los detalles de Agamenón y Strophus, la galera que arriba al puerto, las aclamaciones del pueblo, la franqueza heroica de los reyes. Contemplad sobre todo a Clytemnestra, la pálida y sangrienta figura, la adúltera adepta al parricida que les mira sin comprenderles y sin espantarse ellos. Casandra y el pequeño Orestes; dos seres débiles en apariencia, pero en realidad formidables. El porvenir habla en el uno y vive en el otro. Casandra es la amenaza bajo la forma de una esclava; Orestes es el castigo bajo las facciones de un niño.

Como acabo de decir, Lemercier creó y sufrió en esa edad en la que no se sufre todavía y en la que apenas se sueña. Deseando formar su pensamiento, curioso, con esa honda curiosidad que impulsa a los espíritus corajudos hacia los espectáculos aterradorizantes, se aproximó cuanto pudo, a la convención, esto es, a la revolución. El se asomó al horno mientras que la estatua del porvenir estaba todavía en fusión, y vió flamear y oyó rugir, como la lava en el cráter, los grandes principios revolucionarios, ese bronce que constituye hoy el basamento de nuestras leyes. La civilización futura era entonces un secreto de la Providencia. Lemercier no intentó adivinarlo, se limitó a recibir en silencio, con resignación estóica el rechazo de todas las calamidades. Cosa digna de llamar la atención y sobre la cual he de insistir, es que, aún siendo tan joven, tan oscuro, tan desconocido aún, perdido entre la multitud, cayeron sobre él las catástrofes públicas, hiriéndole cruelmente en sus más íntimas afecciones. Leal y casi criado de Luis XVI hubo de ver desfilar el coche del 21 de enero; ahijado de Madama de Lamballe, vió desfilar la pica del 2 de septiembre; amigo de Andrés Chenier vió desfilar la carreta del 7 termidor. De modo que a los veinte años había visto decapitar